

pacion y de elemento. Un triple ananké (1) pesa sobre nosotros; el ananké del fanatismo, el ananké de las leyes y el ananké de los elementos. En *Nuestra Señora de París* el autor ha denunciado el primero; en *Los Miserables* ha señalado el segundo; en este libro indica el tercero.

Con estas tres fatalidades que envuelven al hombre se mezcla la fatalidad interior, el ananké supremo, el corazón humano.

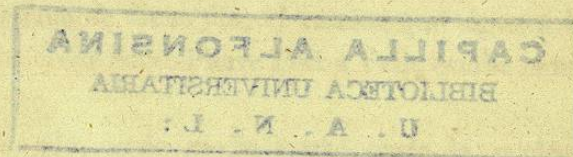
(1) Palabra griega que significa fatalidad.

PRIMERA PARTE.

# SIEUR CLUBIN.

LIBRO PRIMERO.

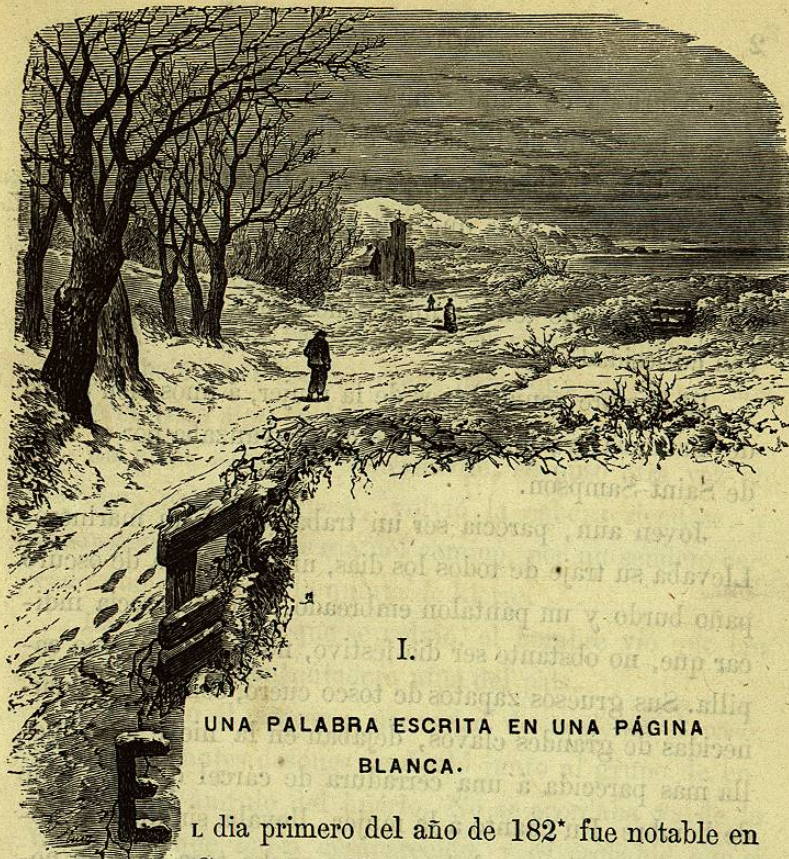
DE QUE SE COMPONE UNA MALA REPUTACION.





FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



**UNA PALABRA ESCRITA EN UNA PÁGINA  
BLANCA.**

El día primero del año de 182\* fue notable en Guernesey. Nevó, y en las islas de la Mancha, donde un invierno con heladas es memorable, una nevada es un acontecimiento.

En la mañana de dicho día, el camino que sigue á lo largo del mar desde Saint-Pierre Port á Valle estaba enteramente blanco.

Habia nevado desde media noche hasta la madrugada.

A cosa de las nueve, poco despues de salir el sol, como no habia llegado aun el momento para los anglicanos de

ir á la iglesia de Saint-Sampson ni para los wesleyanos de ir á la capilla de Eldad, el camino estaba casi desierto.

En todo el trozo que separa la primera torre de la segunda, no habia mas que tres transeuntes, un niño, un hombre y una mujer.

El niño, que tendria unos ocho años, miraba la nieve con curiosidad.

El hombre venia en pos de la mujer, á unos cien pasos de distancia, y, lo mismo que ella, avanzaba por el lado de Saint-Sampson.

Jóven aun, parecia ser un trabajador ó un marinero. Llevaba su traje de todos los dias, una chaqueta de oscuro paño burdo y un pantalon embreado, lo que parecia indicar que, no obstante ser dia festivo, no iria á ninguna capilla. Sus gruesos zapatos de tosco cuero, con suelas guardadas de grandes clavos, dejaban en la nieve una huella mas parecida á una cerradura de cárcel que á un pie de hombre. En cuanto á la mujer, llevaba sin duda su tocado de iglesia; se cubria con una ancha toca de seda negra acolchada, debajo de la cual se ajustaba muy graciosamente un vestido de muselina de Irlanda con listas blancas y de color de rosa, y si no hubiese gastado medias coloradas, se la habria podido tomar por una parisiense.

Andaba con desembarazo y soltura, y en su manera de andar, propia de la mujer á quien aun no pesa la vida, se veia que era casi una niña.

Tenia la gracia fugitiva que indica la mas delicada de las transiciones, la adolescencia, los dos crepúsculos mez-

clados, el principio de una mujer y la conclusion de una niña. El hombre no fijaba la atencion en ella.

De repente, junto á un grupo de verdes encinas que se halla en el ángulo de un huerto, en el lugar llamado de las Basses Maisons, la jóven se volvió, y este movimiento hizo que el hombre la mirase.

Ella se detuvo, pareció contemplarle un momento, despues se bajó, y el hombre creyó notar que con uno de sus dedos escribia algo en la nieve.

La jóven se irguió nuevamente, se puso otra vez en marcha, redobló el paso, volvió la cabeza riéndose, y desapareció á la izquierda del camino, por un sendero cercado que conduce á la quinta de Lierre.

La segunda vez que se volvió, el hombre vió que era Deruchette, una encantadora niña del pais.

No sintió él ninguna necesidad de acelerar el paso, y pocos instantes despues se halló junto al grupo de encinas en el ángulo del huerto. No se acordaba ya de la transeunte que habia desaparecido, y es probable que si en aquel mismo instante alguna marsopla hubiese saltado por encima de las olas ó algun reyezuelo hubiese aparecido en los zarzales, aquel hombre hubiera seguido su camino con la mirada fija en el reyezuelo ó en la marsopla. Quiso la casualidad que tuviese la vista baja, y su mirada cayó maquinalmente hácia el punto en que la jovencita se habia parado. En aquel punto se habian impreso dos pies diminutos, y á su lado se leia esta palabra trazada en la nieve: *Gilliatt*.

Esta palabra era su nombre.

El se llamaba Gilliatt.

Permaneció largo tiempo inmóvil, contemplando aquel nombre, aquellos piecitos, aquella nieve, y despues, pensativo, prosiguió su camino.

## II.

### EL BU DE LA CALLE.

Gilliatt vivia en la parroquia de Saint-Sampson, donde por varias razones tenia muy pocas simpatías.

En primer lugar, su alojamiento era una casa «endemoniada.»

Sucede algunas veces en Jersey y en Guernesey que en el campo y en la misma ciudad, pasando por algun andurrial desierto ó por una calle atestada de gente, se encuentra una casa cuya entrada está como embarrera-da; el acebo obstruye la puerta; asquerosos emplastos de tablas claveteadas tapan las ventanas de la planta baja; las de los cuartos de encima se hallan á la vez cerradas y

abiertas; en todos los bastidores está echado el cerrojo y todas las baldosas están resquebrajadas ó rotas. Si la casa tiene patio ó corral, la yerba brota en él, y la cerca se desmorona; si hay jardín, se cubre de ortigas, cambrones y cicuta, y raros insectos fijan en él su residencia. Las chimeneas se resquebrajan, los techos se hunden; lo que se ve del interior de los aposentos está desmantelado; la madera se pudre y la piedra se enmohece. Se despega el papel de las paredes, y en ellas se pueden estudiar las antiguas modas de papel pintado, los grifos del imperio, las colgaduras con alzapaños del Directorio, las balaustres y los cipos de Luis XVI. El grosor de las telarañas llenas de moscas indica la paz profunda de las arañas.

Algunas veces se encuentra un puchero roto encima de una mesa.

Aquella casa es una casa endemoniada.

El diablo la visita durante la noche.

La casa como el hombre puede convertirse en un cadáver. Basta al efecto que la mate una superstición.

Entonces es una cosa terrible. Las casas muertas no son raras en las islas de la Mancha.

Las poblaciones campesinas y marítimas no las tienen todas consigo tratándose del diablo. Las de la Mancha, archipiélago inglés y litoral francés, poseen respecto del particular nociones muy precisas.

El diablo tiene emisarios en todas partes.

Es incontestable que Belphegor es embajador del infierno en Francia, Hutgino en Italia, Belial en Turquía,

Thamuz en España, Martineto en Suiza y Mammon en Inglaterra. Satanás es un emperador como cualquier otro. Satanás César. Su casa está muy bien montada; Dagon es gran mayordomo; Succor Benot es jefe de los eunucos; Asmodeo lleva la banca en el juego; Kobal es director del teatro y Verdelot gran maestro de ceremonias. Nybbas es bufon. Widrus, hombre sabio, muy estrigólogo, y demonógrafo que posee muchos datos, llama á Nibbas «el parodiador por excelencia.»

Muchas precauciones tienen que tomar en esta mar los pescadores normandos de la Mancha á consecuencia de las ilusiones que el diablo produce.

Se creyó por espacio de mucho tiempo que San Maclou habitaba la gran roca cuadrada de Ortach, situada entre Aurigny y los Casquets, y algunos viejos marineros de otro tiempo afirmaban haberle con frecuencia visto allí, sentado y leyendo un libro. Así es que los marineros hacían al pasar muchas genuflexiones delante de la roca de Ortach hasta el día en que la fábula se disipó y cedió su puesto á la verdad. Se ha descubierto y se sabe actualmente que el habitante de la roca de Ortach no es un santo, sino un diablo. Este diablo, llamado Jochmus, tuvo la malicia y la audacia de hacerse tomar durante muchos siglos por San Maclou.

Por lo demás, otras veces se ha incurrido en equivocaciones análogas.

Los diablos Raguhel, Oribel y Tobiel fueron santos hasta el año de 745 en que Zacarías los arrojó del calen-

dario. Para semejantes espulsiones, que son incontestablemente muy útiles, es preciso ser muy inteligente.

Los ancianos del país cuentan, si bien estos hechos pertenecen al pasado, que la población católica del archipiélago normando se hallaba en otro tiempo muy á pesar suyo, mas en comunicacion con el demonio que la población hugonote. ¿Por qué? Lo ignoramos. Lo cierto es que esa minoría fue en otro tiempo muy enojosa para el diablo.

Habia tomado aficion á los católicos y procuraba visitarles con frecuencia. Una de sus mas insoportables familiaridades consistia en hacer visitas nocturnas á los lechos conyugales en el momento de hallarse el esposo completamente dormido y la mujer dormida solo á medias.

De aquí procedian muchos engaños.

Patouillet opinaba que Voltaire habia nacido á consecuencia de una de esas diabólicas visitas, lo que nada tiene de inverosímil. Sobre todo, el hecho está perfectamente comprobado y descrito en los formularios de exorcismo bajo la rúbrica: *de erroribus nocturnis et de semine diabolorum*. Es un hecho que se reprodujo muy particularmente en Saint-Hélier á fines del último siglo, probablemente en castigo de los crímenes de la revolucion.

Las consecuencias de los escesos revolucionarios son incalculables.

Como quiera que sea, la aparicion posible del demonio, de noche, cuando no se ve claro, cuando se duerme, preocupaba á muchas mujeres ortodoxas.

Dar á luz un Voltaire no tiene nada de agradable.

Una de ellas, inquieta y azorada, consultó con un pastor acerca del medio de aclarar á tiempo el quiprocuó.

El pastor respondió:—para aseguraros de si teneis que habéros las con el diablo ó con vuestro marido, palpadle la frente, y si tocais unos cuernos, estad segura...—¿de qué? preguntó la mujer.

La casa en que vivia Gilliatt habia estado endemoniada, y ya no lo estaba, por lo que se hacia aun mas sospechosa. Sabido es que cuando un brujo se establece en una habitacion frecuentada por el diablo, éste comprende que no hace ya falta en ella, y por consideraciones al brujo no la vuelve á visitar, á no ser que se le avise, como al médico.

La casa se llamaba el Bu de la Calle.

Estaba situada en la punta de una lengua de tierra, ó, por mejor decir, de roca, que formaba una pequeña rada ó fondeadero independiente en el ancon de Houmet Paradis. Hay allí profundidad de agua.

La casa estaba enteramente sola en aquella punta casi fuera de la isla, con la tierra absolutamente necesaria para un jardinito, anegado algunas veces por las mareas altas. Entre el puerto de Saint-Sampson y el ancon de Houmet Paradis hay una robusta colina que corona la enorme masa de torres y de hiedra que se llama el palacio del Valle ó del Arcángel, de suerte que desde Saint-Sampson no se veia el Bu de la Calle.

Nada hay en Guernesey tan comun como un brujo. Los brujos ejercen su profesion en ciertas parroquias, mal que pese al siglo IX. Se entregan á prácticas verdadera-

mente criminales. Hacen hervir oro. Cogen yerbas á media noche. Miran de reojo los ganados de los campesinos. Se les consulta; hacen que se les traigan en botellas «las secreciones líquidas de los enfermos,» y se les oye decir á media voz: *esas aguas presentan mal carácter.*

Un día, en marzo de 1857, uno de ellos encontró en el líquido de un enfermo siete diablos. Son temidos y temibles.

Otro ha hechizado recientemente á un panadero y «tambien su horno.»

Otro ha cometido la avilantez de cerrar y sellar con el mayor esmero carpetas dentro de las cuales nada habia.

Otro ha llegado al extremo de tener en un vasar de su casa tres botellas con rótulo en que se lee la letra B.

Estos hechos monstruosos están comprobados. Algunos hechiceros son complacientes, y por dos ó tres guineas cargan con las enfermedades ajenas. Entonces se révueltan en su cama lanzando gritos, y mientras se retuercen, el que ha recurrido á ellos dice: Yo ya no siento nada.

Otros libran al prójimo de todos sus males atándole un pañuelo alrededor del cuerpo. El medio es tan sencillo, que parece imposible exista una sola persona que no haya dado con él.

En el último siglo el real tribunal de Guernesey los colocaba sobre un montón de leña y los asaba vivos.

En la actualidad les condena á ocho meses de cárcel, cuatro á pan y agua, y cuatro de incomunicacion, alternativamente.

*Amant alterna catenæ.*

La última quema de hechiceros en Guernesey se verificó en 1747.

La ciudad habia al efecto habilitado una de sus plazas, la encrucijada del Bordaje, la cual desde 1565 á 1700 habia visto quemar once hechiceros. Estos culpables en general confesaban, ayudando su confesion con la tortura.

Otros servicios ha prestado además la encrucijada del Bordaje á la sociedad y á la religion. En ella se han quemado herejes.

Reinando María Tudor se quemaron, entre otros hugonotes, una madre y sus dos hijas. La madre se llamaba Perrotina Massy. Una de las hijas estaba en cinta. Parió entre las llamas de la hoguera. La crónica dice: «Su vientre estalló.» Salió de aquel vientre un niño vivo.

El recién nacido rodó fuera de la hoguera, y le recogió un tal Housse.

El baile Helier Gosselin, buen sugeto, mandó echar de nuevo la criatura á las llamas.